

## II.—LOS EDIFICIOS HISPANO-MUSULMANES

POR LEOPOLDO TORRES BALBÁS

Del aspecto urbano de las ciudades hispanomusulmanas, con sus calles y callejuelas angostas, quebradas y serpeantes, sin salida, ciegas, muchas de las últimas, y con escasas y muy reducidas plazuelas, puede deducirse la inexistencia en ellas de grandes y ostentosos monumentos destacando sobre los tejados de su modesto caserío. Apañábase apretadamente éste, con trabazón y continuidad a la que contribuían los abundantes pasadizos y arquillos tendidos sobre las calles (fig. 1-2). Las construcciones monumentales exigen amplios y regulares solares y algún espacio en torno, es decir, un emplazamiento adecuado que las valore. En las ciudades romanas, anchas vías de trazado regular, y plazas—el foro entre ellas—permitían contemplar a alguna distancia los edificios públicos, casi siempre exentos. Los de las ciudades islámicas de la Península, contruídos con exclusivo sentido práctico, presentaban modesta apariencia exterior, desde las mezquitas hasta los monumentos sepulcrales, estelas estas últimas que apenas levantaban las más altas, como se dijo, metro y medio sobre el suelo. Tan sólo algunas puertas militares, ingreso a recintos murados, por sugestión de las romanas conservadas—aún subsisten restos de varias en Carmona, Cáceres y Coria—, o por la más indirecta de otras orientales, como las de El Cairo fatimí, ostentaban formas de alguna monumentalidad y cierta riqueza decorativa.

Hasta la época del “renacimiento”, en esas urbes antes islámicas, algunas de las cuales llevaban dos siglos y medio de vida cristiana, no se sintió la necesidad de derribar calles y casas para disponer vastas plazas y emplazar convenientemente nuevos edificios, frenteados por ricas fachadas.

Autores árabes atribuyeron al califa Abd al-Rahman III el siguiente dístico:

"Cuando los monarcas quieren perpetuar el recuerdo de su reinado, lo consiguen mediante el lenguaje de las bellas construcciones."

"Un edificio monumental manifiesta la majestad del que lo ordenó erigir."

Peró contra la riqueza y lujo inusitado con que ese soberano, gran constructor, levantó los palacios de Madinat al-Zahra, no faltaron protestas en nombre de la ley religiosa, como la del faqih Mundir ibn Sa'id al-Balluti, que invocó para su condenación varias suras del Alcorán. Los romanos habían construído monumentos capaces de desafiar la acción destructora de los siglos, como el de Cádiz, derribado con no escaso esfuerzo poco antes de mediar el siglo XII por el almirante almorávide Ibn Maimun, al que hicieron creer, tal vez algunos bromistas gaditanos, que se elevaba sobre enormes tesoros y estaba lleno de polvo de oro su interior. Otras grandes construcciones romanas, entre ellas los acueductos de Mérida y *Almuñécar*, sobresalían sobre el caserío de las ciudades hispanomusulmanas.

Admirando esos monumentos, los islamitas españoles no trataron de emularlos. Ibn Jaldun, el gran filósofo musulmán de la Historia, señaló en el siglo XIV la falta de solidez de las construcciones levantadas por los árabes, explicándola por su civilización nómada y su indiferencia por el cultivo de las artes (1). Pero también el intento de hacer construcciones eternas parecería acto impío. La inmortalidad es atributo exclusivo de Dios y desafío a la divinidad elevar edificios con pretensiones de indefinida permanencia. No se debía de contrariar la acción destructora del tiempo sobre todo lo humano.

La rapidísima destrucción de los palacios de Madinat al-Zahra, cuya existencia apenas pasó de *la media humana*, demostraba lo fugaz de toda obra arquitectónica, aun de las levantadas, como aquélla, con máxima solidez y abundancia de recursos. Zahra y las restantes residencias en las que habitaron los príncipes omeyas cor-

---

(1) Ibn Jaldun, *Prolégomènes historiques*", trad. Slane, II (París, 1865), págs. 275-276.

dobeses, recordaba Ibn Idari en el *Bayán*, terminado en los primeros años del siglo XIV, desaparecieron con ellos, borrándose sus huellas; sobre su solar cuajado de ruinas, el viento levantaba nubes polvorientas y el cielo vertía el agua a torrentes.

Excusado es decir que la falta de aspiración monumental no implica fealdad ni ausencia de arte. Puede ir unida a una belleza más humilde y natural, menos pretenciosa, pero de no inferior calidad estética. Aun hoy, desaparecidos casi todos los edificios que formaban las ciudades islámicas del Andalus, podemos evocarla al recorrer algunas, al fondo de cuyas callejuelas limitadas por muros blanquísimos, periódicamente enjalbegados, que apenas interrumpen pequeños y escasos huecos, se levanta el campanario de una iglesia, casi siempre coronada por remates *barrocos*. Imaginemos, en lugar de esa torre, el alminar de una mezquita, de formas más esquetas y geométricas que el campanario, sin la exuberante vestidura de éste, pero con una ornamentación plana pintada de vivos colores, en ocasiones completada con cerámica barnizada, brillante al sol. Y si por encima de las bardas de las tapias de la callejuela sobresalen las ramas de algunos árboles, entonces el verde oscuro de éstos, el blanco de la cal y la policromía, hoy del campanario, hace siglos del alminar, elementos todos humildes y fortuitamente dispuestos, forman un conjunto de una armonía perfecta, ante el que no sentimos nostalgias de grandes conjuntos y edificios pétreos.

### *Mezquitas.*

Prescindiendo de las obras militares, murallas, puertas y alcazaba, la construcción más considerable de la ciudad era la mezquita mayor, cuyo tamaño guardaba relación con el número de sus vecinos, pues todos los que profesaban la fe islámica debían de asistir en ella a la oración de los viernes.

La mezquita mayor era el centro de la vida religiosa, política y social de la ciudad. A más de su destino fundamental de casa de oración, en ella se celebraban las grandes reuniones públicas, administraban justicia los jueces, daban sus clases los maestros y se consagraban las banderas al partir para las operaciones militares. Desde lo alto de su alminar se leían los partes y las cartas anunciando acontecimientos de importancia, tales como victorias guerreras.

En contraste con las iglesias cristianas, que forman un conjunto arquitectónico cerrado, con ejes fijos, una mezquita, por su estructura de naves paralelas, podía acrecentarse fácilmente aumentando éstas; el mihrab no era necesario que quedase centrado en el muro de la quibla en el que se abre. Así vemos traducirse los aumentos demográficos de Córdoba desde fines del siglo VIII hasta los últimos años del siglo X, es decir, durante doscientos años, en las tres sucesivas ampliaciones de su gran aljama. La de Zaragoza, construída antes del año 100 = 718-719 por un personaje venerable, llegado de Oriente, hubo necesidad de agrandarla algo más de un siglo después, en 242 = 846, lo que se realizó, según cuenta un autor islámico, derribando el muro de la quibla y trasladando el mihrab sobre rodillos hacia el sur.

Las primeras mezquitas del Andalus, establecidas en el momento de la conquista islámica, o poco después, es verosímil que lo fuesen en construcciones existentes, adaptadas a su nuevo destino religioso. Según una tradición algo sospechosa, por repetir otra no probada referente a Damasco, la iglesia mayor de Córdoba quedó repartida, como la de San Juan de la capital siria, entre el culto de las dos religiones.

Una de las primeras mezquitas de que hay noticia es la de *Robina*, construída junto a una iglesia consagrada al parecer a Santa Rufina, en lugar desde el que se dominaba la campiña sevillana. En ella fué asesinado el año 97 = 716 por encargo del califa Sulaiman, Abd al-Aziz, hijo de Musa

Vieja también era la mezquita mayor de Zaragoza, fundada por el tabi Hanash b. Abd Allah al-San ani, muerto en 100 = 718-719 y enterrado con uno de sus compañeros frente a su mihrab.

Al mismo personaje oriental se atribuye la construcción de la mezquita de Madinat Ilbira, no concluída, por el escaso número de musulmanes que había entonces en esa ciudad, hasta el año 280 = 864, siglo y medio después, en el reinado de Muhammad.

En la alcazaba de Málaga fundó una mezquita el jurista y tradicionalista sirio Mu'awiya b. Salih al-Himsi, nombrado *qadi* por

'Abd al-Rahman I y fallecido en al-Andalus en 158 = 774-775 (1).

En los años 169 y 170 = 785-786, el mismo monarca construyó la primitiva mezquita de Córdoba, es decir, el edificio que en los dos siglos siguientes se amplió extraordinariamente.

Los historiadores musulmanes atribuyen excepcional actividad en la construcción de mezquitas al emir 'Abd al-Rahma II (206 = 822-238 = 852). Además de ampliar la mayor de Córdoba, mandó levantar las también mayores de Sevilla, en el año 214 = 829, de la que subsiste la parte baja de su alminar; la de Jaén, construída en 218 = 833, y la de *Calsena*. En los años finales del siglo IX se levantó la de *Pechina*; la de Lérida, en 288 = 901 y la de Tortosa en 345 = 955-956. 'Abd al-Rahman III dió orden en 394-960 de restaurar y embellecer la de Tarragona (2).

Además de la mezquita mayor o mezquita-catedral, había en las ciudades importantes otras de barrio, más reducidas y modestas, y numerosísimos oratorios, privados muchos de ellos, en casas particulares. Así se explica el gran número que cuentan los escritores islámicos al incluir en el cómputo hasta las más reducidas salas de oración.

Según al-Bakri existían en Córdoba 491 mezquitas (3); el *Bayan* las eleva a 3.000 (4). A principios del siglo XV, un autor islámico antes citado dice eran 1.000 las de Ceuta, incluyendo dos madrazas.

---

(1) Lévi-Provençal "La Péninsule Ibérique au moyen age", páginas 29, 97 y 178 del texto árabe y 37, 119 y 214 de la trad.

(2) E. Lévi-Provençal, "Inscriptions arabes d'Espagne" (Leiden, París, 1931), págs. 85-86, y "La Péninsule Ibérique au moyen-age", págs. 38, 70, 71, 124, 162 y 168 del texto árabe y 48, 88, 124, 195 y 202 de la trad. "Bayan", pág. 93 del texto árabe y 148 de la trad. francesa de Fagnan.

(3) Lévi-Provençal, "La Péninsule Ibérique au moyen-age", página 157 del texto árabe y 189 de la trad.

(4) "Bayan", pág. 247 del texto árabe y 383 de la trad.

11 En las mezquitas hispánicas de las que hay noticia, las filas de arcos de separación de las naves eran perpendiculares al muro de la quibla en el que se abre el mihrab, disposición muy rara en las orientales, en las que esas hileras de arcos acostumbran ser paralelas a dicho muro. Tan sólo entre las del otro extremo mediterráneo la mezquita al-Aqsá de Jerusalén, cuya construcción se atribuye al soberano al-Walid en los primeros años del siglo VIII; la de *Tari Khané* en Damghan, al sur del mar Caspio, levantada entre los años 750 y 786 de J. C., y las abasíes de Samarra y Abu Dulaf, del siglo IX, tienen sus naves en la misma disposición que la de Córdoba y las restantes españolas.

El número de naves de la mezquita mayor era función de su superficie y ésta del de los habitantes de la ciudad. La de Córdoba se edificó con 11 a fines del siglo VIII; su postrera ampliación, en los últimos años del X, la convirtió en oratorio de 19. La de Sevilla, construida por los almohades a finales del siglo XII en sustitución de otra de 11 naves del siglo XI, en la que no cabían los fieles, tenía 17. Once también eran las de la mezquita mayor de Granada, levantada por los ziríes; 9 las de la del Albaicín de la misma ciudad; 7 las de las de Carmona y Almería, ésta después de su ampliación; 6, con extraño número par, las de las de Calsena y Pechina; 5 las de las de Algeciras, *Eciya*, Jaén, Málaga, Tortosa, alcazaba de *Badajoz*, *Almonaster* y *Madinat al-Zahra*, ciudades casi todas de mediana importancia, y 3 las de las de *Cabra* y *Jódar*. Descríbese la mezquita mayor de Ceuta con 22 naves; ignoramos si éstas seguían la tradición hispánica o eran paralelas al muro de la quibla, como en otras de Marruecos y en la mayoría de las orientales (1). A fines del siglo IX se construyó en Pechina una vasta mezquita con una cúpula semiesférica sostenida por once arcos apeados en columnas (2);

---

(1) Elie Lambert, "Les mosquées de type andalou en Espagne et en Afrique du Nord" (*Al-Andalus*, XIV, 1949, páginas 273-289).

(2) Lévi-Provençal, "La péninsule Ibérique au moyen-âge", página 38 del texto árabe y 48 de la trad.

hasta la segunda mitad del siglo X, en el reinado de al-Hakam II, no se levantaron *las cuatro* que constituyen una de las creaciones más originales, bellas y fecundas de las hechas en el reinado de ese monarca al ampliar la gran aljama cordobesa.

Una innovación importante tuvo lugar en las mezquitas españolas bajo los almorávides, en la primera mitad del siglo XII, al apeaar sus arcos en pilares de ladrillo en lugar de columnas de piedra o mármol, como hasta entonces se había hecho. Aumentada así la sección de los apoyos, ya no hubo problemas de estabilidad, tan genialmente resueltos en la gran aljama de Córdoba con los dobles arcos superpuestos. Pero su interior perdió esbeltez y visualidad. Luego, en la época nazarí, en el siglo XIV, los granadinos, tan pródigos de mármol en sus construcciones, volvieron a levantar salas de oración cuyos arcos apeaban columnas; así eran la mayor del Albaicín y la Real de la Alhambra.

Singular característica de los patios de las mezquitas andaluzas fué la de albergar jardines o huertos que animaban bellamente su arquitectura. En los patios de las orientales se ven, a veces, dos o tres árboles aislados y alguna enredadera, pero no los frondosos vergeles que hubo en los de las españolas.

Su tradición es remota. A fines del siglo VIII o comienzos del IX, cuando la sala de oración y el patio de la mezquita mayor de Córdoba eran bastante más reducidos que los que, tras sucesivas ampliaciones, han llegado a nuestros días, mandó plantar árboles en su patio su *imam*, el *faqih* 'Sa 'Sa 'ibn Sallam al-Sha mi (1).

El patio de la mezquita mayor de Málaga tenía, según al-Umari, escritor egipcio del siglo XIV, naranjos y palmeras. Pocos años después, el viajero Ibn Battuta pondera su belleza y la altura de los primeros (2).

---

(1) "España Musulmana", por Lévi-Provençal, trad. García Gómez, pág. 98.

(2) Ibn Fadl Allah al-'Umari, "Masalik el Ahsar fi Mamalik el Amsar, I. "L'Afrique, moins l'Egypte", trad. Gaudefroy-Desmombynes (París, 1927), pág. 241; Voyages d'Ibn Batoutah", ed. Defreméry y Ianguinetti, IV (París, 1858), pág. 367.

Münzer, a fines de 1494, describe los patios de varias mezquitas, convertidas ya entonces en templos cristianos. El de la de Almería era un amplio jardín de forma cuadrada plantado de limoneros y de otros árboles, con suelo de losas de mármol y una fuente en medio. En el centro del patio de la mezquita de *Guadix* había un lindo jardín con una fuente para las abluciones; la mezquita mayor del Albaicín granadino encerraba en su patio un bello jardín plantado de limoneros (1).

Los alminares de las mezquitas del al-Andalus eran torres de planta cuadrada, de líneas sencillas y proporciones generalmente más reducidas que los campanarios de nuestras iglesias, cuyo primer cuerpo terminaba por la parte superior en terraza. Levantábase sobre éste otro reducido y de poca altura, coronado a su vez por un remate—*yamur*—en forma de barra y con varias bolas metálicas ensartadas. Alminar y mezquita, separados casi siempre por el patio, solían ser independientes (2).

Cinco veces al día, los almuédanos proclamaban la fe musulmana y convocaban a los fieles a la oración desde lo alto de innumerables alminares situados entre las costas, hoy portuguesas, del Atlántico y las del Pacífico, a través del África septentrional y de las estepas asiáticas.

Subsisten varios alminares en la Península merced a su conversión en campanarios de iglesias cristianas, realizada agregándoles un cuerpo alto para las campanas, después de derribar la pequeña cámara de refugio que todos tienen sobre la terraza. También sufrieron en no pocas ocasiones enmascaramientos que los desfiguraron totalmente, adquiriendo la apariencia de vulgares torres levantadas en tiempos relativamente modernos. Puede, pues, decirse que de los alminares conservados en tierras hispánicas el único que ostentó

---

(1) Münzer, "Viaje por España y Portugal", págs. 30, 34 y 40.

(2) "Alminares hispanomusulmanes", por Leopoldo Torres Balbás. (Cuadernos de Arte, Facultad de Letras de Granada, IV-VI, 1939-1941, págs. 59-90.)



siempre su apariencia islámica, por ello y por su soberbia grandeza universalmente conocido, es el de la mezquita mayor almohade de Sevilla, llamado desde el siglo XVI la Giralda. El otro andaluz que pudo competir con él en monumentalidad, el de la gran mezquita de Córdoba, construido por Abd al-Rahman III en 340 = 951, quedó envuelto en el siglo XVII en una vestidura pseudoclásica y tan sólo en fecha reciente la curiosidad de los arqueólogos logró, tras pacientes investigaciones, comprobar que el cuerpo inferior de la torre musulmana se conserva casi intacto en el interior de la envoltura pétrea hoy aparente.

Los otros tres alminares, mucho más reducidos, que subsisten en Córdoba, transformados en torres-campanarios de las iglesias de San Juan, Santa Clara y Santiago, obra del siglo X y de los primeros años del XI, no han sido reconocidos como tales hasta fecha reciente, por estar recubierto el exterior de sus muros.

Igual suerte corrió otro alminar granadino, torre de la iglesia de San José desde poco después de la conquista de la ciudad por los Reyes Católicos (1492), cuyos muros de piedra limpió hace unos veintidós años de los revestidos que ocultaban su despiezo almohadillado. Al cabo de varios siglos volvió así en lo posible, como los cordobeses de San Juan y Santa Clara, a recobrar su apariencia primitiva, recobrando las épocas remotas en las que desde sus terrazas se invocaba el nombre de Allah (1).

A éstos gana en antigüedad—el de San José de Granada debió de levantarse aproximadamente en la misma época que los cordobeses citados—el que hoy sirve de torre de campanas a la iglesia *Colegial* del Salvador en Sevilla, edificada en el siglo XVIII sobre el solar de la que fué mezquita mayor de esa ciudad hasta la construcción de la almohade en los últimos años del siglo XII. Se levantó ese sencillo alminar por 'Abd al-Rahman II en los años 829-830

---

(1) "El alminar de la iglesia de San José y las primeras construcciones de los ziríes granadinos", por Leopoldo Torres Balbás (Al-Andalus, V, 1940, págs. 427-446).

de J. C.; es el más antiguo de los conservados en la Península (1).

Además de la monumental Giralda, existe otro alminar almohade, réplica de ella. Obra también de ladrillo, mucho más modesta por su carácter rural, se conserva junto a una mezquita transformada en ermita en un despoblado del *Ajarafe* sevillano, cerca del pueblo de *Bollullos de la Mitación* (2).

Del siglo XIII, de la época de transición entre el periodo almohade y el de formación del reino nazarí de Granada, conserva esta ciudad un alminar, transformado en campanario de la iglesia de San Juan de los Reyes; asciéndese a él, como a la Giralda, por suave rampa (fig. 3).

Del periodo granadino subsisten dos alminares y restos de algunos otros, levantados probablemente en el siglo XIV. Uno de aquellos fué torre de campanas de la desaparecida iglesia de San Sebastián de Ronda. El otro, cuyo descubrimiento se debe a don Juan Temboury, está adosado a la iglesia parroquial de Arche, pueblecito perdido en la *Ajarquia* malagueña (fig. 4).

En el periodo más brillante de la España musulmana, es decir, en el califa del siglo X, lo mismo que en los que le precedieron, resonaban, probablemente con algunas intermitencias, las campanas de las iglesias cristianas llamando a los fieles a la oración, a la par que las voces de los almuédanos, desde lo alto de los alminares, recordaban a los musulmanes las horas de las cinco plegarias cotidianas.

Cuenta Ibn Hakan que a comienzos del siglo XI Ibn Shuhayd pasó una noche en una de las iglesias de Córdoba, alfombrada de ramas de arrayán, mientras alegraba sus oídos el sonido de las campanas. Entre otros poetas, Ibn Hazm alude en sus versos a ese *táñido metálico*: "Viniste a mí—escribió—cuando la media luna salía

---

(1) "La primitiva mezquita mayor de Sevilla", por L. T. B. (*Al-Andalus*, XI, 1946, págs. 425-439).

(2) "Dos obras de arquitectura almohade: la mezquita de Cuatrecasillas y el castillo de Alcalá de Guadaira", por L. T. B. (*Al-Andalus*, VI, 1941, págs. 205-208).

en el cielo, un poco antes de que tocasen las campanas los cristianos" (1).

En varias de las ciudades cristianas de la Península, en los alminares de las mezquitas de las morerías, siguieron hasta el siglo XVI los almuédanos confundiendo sus voces con las de las campanas de las iglesias, situadas en los restantes barrios. Ahora, tras un intervalo de cuatro siglos, en las tierras marroquíes, tan impregnadas de cultura andaluza, vuelven a mezclarse el tañido de campanas con las llamadas a la oración, continuando la tradición de la España medieval, maestra de Europa en fórmulas de convivencia y tolerancia. *Los baños.*

El baño—*hammam*—tuvo importancia considerable en la vida social hispanomusulmana. La costumbre de bañarse estaba muy arraigada en al-Andalus, como en todos los países islámicos. "El baño—se lee en las *Mil y una noches*—es el paraíso terrestre y la estancia en él la alegría de la vida humana" (2). Ibn Jaldun, el gran historiador de los bereberes, alude a la deliciosa sensación de bienestar físico y espiritual que el baño produce: al respirar el bañista el cálido vapor de agua de su atmósfera, sentíase penetrado por una impresión de placer, manifestada con frecuencia por alegres cantos. Dos son, dice el mismo autor, los momentos más propicios para la inspiración de los poetas: al respirar la atmósfera de un baño, y por la mañana, al despertarse, cuando el estómago está vacío y el pensamiento en plena actividad (3). Pero, además del sentimiento de euforia producido por el baño de vapor y el masaje que le seguía, a la afición a los baños contribuyó el ser probablemente lugares de alegres reuniones, en los que, como en los de Fez en el siglo XVI, según cuenta León el Africano, hombres y mujeres acostumbraban reunirse a comer, cantar y distraerse con diversos juegos. Para las últimas, confinadas casi siempre en el fondo de sus viviendas, lá

---

(1) "El Collar de la Paloma", trad. García Gómez, pág. 266.

(2) "Le livre des mille et une nuits", trad. del Dr. J. C. Mar-drus, VI (París, s. a.).

(3) "Prolégomènes historiques", I (París, 1862), pag. 175; III (París, 1868), pág. 378.

salida al baño debía de ser una de las pocas ocasiones de distracción, cambio de ambiente y disfrute de relativa libertad.

Los poetas hispanomusulmanes aluden en sus versos frecuentemente a los baños. El ciego de *Tudela* decía que encerraban agua y fuego, lo mismo que el corazón humano alegrías y dolores. Otro pondera el beneficio físico que producían, pero se lamenta de la nivelación social y humana realizada en su interior; en él todos los hombres, criados y señores, sabios e ignorantes, se asemejaban, con pérdida de las buenas maneras.

En la práctica del baño había también, como en todos los aspectos de la vida islámica, un sentido religioso. Para presentarse delante de Allah y merecer sus miradas, el cuerpo humano debe de estar completamente puro, por lo que, antes de enterrar los cadáveres, los musulmanes los lavan cuidadosamente.

En las ciudades populosas del Andalus, el número de baños era grande: había por lo menos uno en cada barrio, y, a veces, varios. También se encontraban en lugares poco poblados. Las viviendas de cierta importancia y los palacios poseían baños privados, del mismo tipo, aunque generalmente más pequeños que los públicos.

Escritores islámicos cuentan 300 baños dentro de los muros de Córdoba, y 600 en la época de Almanzor; Ibn Idari da la cifra de 300 públicos reservados a las mujeres. Los existentes en Ceuta a comienzos del siglo XV eran 22, sin contar 10 de su alcazaba y los de las viviendas particulares. Al-Kasim, ceutí al que debemos la noticia, tenía dos en su casa.

Se conservan en España restos de varios. Ruinosos y abandonados muchos de ellos, desprovistos de la decoración que enriquecía su interior, no es fácil formarse idea de lo que fueron en la edad media.

Distaban mucho de la grandiosidad, tamaño y lujo de las termas romanas, a pesar de derivar de ellas, pero las que sirvieron de modelo a los arquitectos islámicos, directamente o a través de baños bizantinos o sirios de los primeros siglos de nuestra era, fueron las de tipo más sencillo, destinadas a uso privado de gentes de modesta significación social. Incluso alguna palabra, como la de *furnaci*, de claro origen latino, con la que los musulmanes designaban la cal-

dera para calentar el agua—otras veces la llamaban *qidr*—, indica la procedencia de la costumbre y de los edificios.

Eran éstos construcciones de gruesos muros y poca altura, a los que daban exteriormente una fisonomía original las bóvedas *trasdosadas* que cubrían sus estancias principales. Con el sentido de economía utilitaria que caracteriza la arquitectura musulmana, tan sólo se abovedaban las que exigían una temperatura elevada; las armaduras de madera se hubieran podrido al cabo de poco tiempo, por el vapor de agua que saturaba su interior, y además la pérdida de calor sería grande.

Tres o cuatro eran las habitaciones principales, siempre abovedadas, destinadas propiamente al baño. Completábanlas otras de acceso, y en el extremo opuesto las de *servicio*, en las que el bañista no entraba; unas y otras, de frágil construcción, han desaparecido casi siempre. El ingreso tenía lugar por una puerta baja, tras la que se pasaba a un zaguán o a un pasillo en recodo. Luego era frecuente encontrar un pequeño patio cubierto o al aire libre e inmediato un retrete.

A continuación, entrábase en una habitación estrecha y larga, cubierta con bóveda de medio cañón. En sus extremos había sendas *alcobas*, separadas casi siempre del resto por un doble *arco* sobre dos columnas empotradas en los muros y una central, exenta. Se llamaba *al-bayt al-barid* (la habitación fría), y era a modo de vestuario, en el que se desnudaba el cliente. En algunos baños más lujosos precedíala otra destinada entonces a ese fin y al reposo del bañista, llamada *al-bayt al-maslaj*, pero en invierno el cliente se quitaba la ropa en la siguiente, más templada por su mayor proximidad a la caldera.

Después de *al-bayt al-barid* estaba la sala central y de mayor tamaño e importancia, en la que solía haber un espacio cuadrado en el centro, cubierto con cúpula, y galerías abovedadas sobre columnas en torno o en tres o dos de sus lados. Conociase por *al-bayt al wastani* (la habitación intermedia). Finalmente, pasábase a la última estancia, *al-bayt al-sajun* (la habitación caliente), estrecha y larga como la primera, y con idéntica disposición de alcobas en los

extremos. En su muro de fondo había una gran caldera de cobre—*furnaci* o *qidr*—, de la que partían tuberías de plomo que llevaban el agua caliente a pilas de mármol, piedra o ladrillo—*sahriy*—, situadas en las alcobas de las habitaciones *extremas* y cobijadas a veces bajo nichos abiertos en sus muros (fig. 5). Otras tuberías proporcionaban el agua fría. En los edificios más modestos o en los que, desprovistos de agua corriente, había que llevarla de otros lugares, tinajas y cántaros sustituían a las pilas.

Todas estas habitaciones abovedadas recibían luz únicamente por luceros o tragaluces—*madawi*—en forma de estrella, que perforaban sus bóvedas, cerrados con vidrios de colores.

El pavimento de las dos últimas, de losas de mármol en los baños más lujosos, descansaba sobre pilares de ladrillo, quedando bajo él un hueco de medio a metro y medio de altura, con disposición idéntica a la de los hipocaustos de las termas romanas.

Bajo la caldera estaba el hogar para calantar el agua; el humo y el aire caliente pasaban por el subsuelo de las dos estancias inmediatas y salían por chimeneas empotradas en los muros. Junto a la caldera había una habitación destinada a leñera y otros locales de servicio—*afniya*—sin comunicación con los antes descritos y con entrada independiente.

La temperatura de las habitaciones abovedadas aumentaba gradualmente desde la primera a la última. Aquélla no se calentaba, pero sí se cubría con bóveda, merced a ella y a sus gruesos muros, estaba más templada en invierno y más fresca en verano que el exterior. Algo la caldearía también la proximidad a la habitación central, de temperatura más elevada por el aire caliente que circulaba por su subsuelo. Mayor era la de la última, pues a la misma fuente de calor se unía el de la caldera y el del vapor producido por el agua vertida sobre las losas de su pavimento de mármol. Todas estas habitaciones tenían sus puertas cerradas para evitar el enfriamiento.

Zócalos cerámicos, pinturas murales, surtidores y grifos metálicos con representaciones de animales, etc., embellecían los baños más lujosos de las ciudades importantes. A veces contribuía a su decoración alguna estatua romana encontrada fortuitamente. Una de mármol, procedente de las ruinas de *Italica*, fué llevada en el si-

glo XI a uno de los baños de Sevilla, llamado *hammam al-Sattara*. Representaba a una mujer de tamaño natural y extraordinaria belleza. Sobre sus *rodillas* descansaba un niño, al que apretaba contra su pecho, y a sus pies erguía una serpiente, como si quisiera morder a aquél. La mujer parecía mirar al niño y al reptil con expresión a la vez de ternura y pavor. Para los sevillanos, tan amantes de la belleza plástica, esta estatua debió de ser como la revelación de un mundo ignorado. Cuenta un escritor musulmán que las gentes del pueblo, fascinadas, abandonaban sus ocupaciones habituales, con mengua de sus intereses, para pasar el tiempo contemplándola. Algunos poetas la dedicaron sus versos (1).

En el *Collar de la Paloma* se alude a imágenes en los baños, verosímilmente humanas, puesto que admite la posibilidad de enamorarse de ellas (2). Un baño de Jaén se llamaba *hammam at-tawr* por haber en él la escultura de mármol de un toro (3).

A partir del siglo XIV, o tal vez desde fines del anterior, se construyeron algunos baños con una sala en su ingreso ricamente decorada. En el centro tenía un alto cuerpo de *luces*, de planta cuadrada; en torno una galería, algunos de cuyos lados ocupaban amplios y profundos poyos de fábrica (el *liwan* oriental). Iluminación y ventilación se realizaban por pequeñas ventanitas abiertas en la parte alta del cuerpo central, al que cubría una armadura de madera a *cuatro aguas*, profusamente ornamentada por su parte interior aparente.

Existe esta sala, aunque muy restaurada en el siglo XIX por el avanzado estado de ruina en el que se hallaba, destinada al reposo sobre los poyos después del baño, en el Real de la Alhambra, en donde se conoce por "Sala de las camas" (fig. 6). Disposición seme-

---

(1) Maqqari, "Analectes", I, págs. 99 y 350, y I, págs. 60 y 367-368 de la adaptación de Gayangos; Lévi-Provençal "La Péninsule Ibérique au moyen-âge", pág. 123 del texto árabe y 149-150 de la trad. francesa.

(2) *El Collar de la Paloma*, trad. García Gómez, pág. 96. ginas 70-71 del texto árabe y 88 de la trad.

(3) Lévi-Provençal, *La Péninsule Ibérique au moyen-âge*, pá-

jante encontré al reparar el baño situado en la calle Real de la Alhambra (fig. 7) y al excavar las ruinas del palacio de Dar al-Arusa, en lo alto del Generalife, en la misma ciudad de Granada (1). Se encuentra también en el *hammam al-Mokhfiya* de Fez, construido como los anteriores en el siglo XIV. La "sala de las camas" del baño regio de la Alhambra tiene planta alta, abierta por huecos rasgados en los cuatro lados de su cuerpo de luces, balcones o galerías desde las que, refiere Münzer, el monarca islámico contemplaba, tras celosías, a las mujeres al salir del baño y echaba una manzana a la que quería le acompañase de noche (2).

La misma disposición se repitió en otros lugares de la Alhambra, aplicada a locales no destinados al baño, como en el Mexuar, y en la torre del Peinador de la Reina.

Tal vez esa sala con linterna de luces central sea una adaptación andaluza de la sujseja de las casas egipcias, de origen persa o mesopotámico, resultado de cubrir el patio, elevando sus muros para que bajo la techumbre puedan abrirse ventanas que iluminen y ventilen la parte central de la vivienda, amortiguando la luz excesiva y cegadora del exterior, disminuyendo la reverberación y el calor y evitando el viento polvoriento (3).

Para darse cuenta de lo que representa una de estas estancias en un clima cálido, hay que entrar un día de verano desde los patios del jardín de Daraxa de la Alhambra a la grata y fresca penumbra de la "sala de las camas", en la que brillan armonosamente los azules, azules y rojos de las yeserías que cubren muros y arcos, y el esmalte de los alicatados policromos del zócalo y pavimentos, mientras del

---

(1) *La mezquita real de la Alhambra y el baño frontero*, por Leopoldo Torres Balbás (*Al Andalus*, X, 1945, págs. 207-213); *Dar al-arusa y las ruinas de palacios y albercas situadas por encima del Generalife de Granada*, por L. T. B. (*Al-Andalus*, XIII, 1948, páginas 191-195).

(2) Münzer, *Viaje por España y Portugal*, pág. 38.

(3) "Le Caire", por Marcel Clerget, I (*El Cairo*, 1934), pp. 320-321.



surtidor de la fuente central surge una fina lanza de agua que al caer se derrama en innumerables gotas.

Frente a la puerta de ingreso a las salas interiores del baño solía estar, en un asiento alto—*mimbar*—el arrendatario o encargado, que recogía y colocaba en un escabel—*kursi*—las ropas y objetos de la clientela. Proporcionaba a ésta tohallas—*manadil*—, sábanas de baño—*ardiyat al-tay fif*—, tierra de greda—*taft*—para la limpieza del cabello, y pasta depilatoria—*mira*—(1).

El bañista se desnudaba en la primera habitación abovedada. Desnudo, o envuelto en paños o toallas, tras calzar zuecos o alcorques—*qurq*—con gruesa suela de madera o corcho, para no quemarse los pies en las losas recalentadas, pasaba a las habitaciones siguientes. En la última, al contacto con la atmósfera saturada de vapor de agua caliente, su cuerpo desnudo cubríase de sudor que resbalaba en pequeñas gotas por toda la piel. El masajista, bañero o criado del baño—*jidma*—, después de hacer crujir las articulaciones del cliente, frotábale con un guante de crin, que quitaba la parte superficial de la epidermis, o con un ungüento restaurador e instrumentos que suprimían toda la suciedad corporal. Tras el masaje cubríale de agua espumosa. Seguía un lavado, junto a una de las

---

(1) Para las palabras árabes con las que se designaban en los baños españoles sus diferentes estancias y su ajuar y funcionamiento, se han utilizado los siguientes textos: «Un incemel hispanique de hisba», texto árabe por G. S. Colin y E. Lévi-Provençal, I (Paris, 1931) pp. 11, 23, 24, 43 y 61; «Petri Hispani de lingua arábica», Payli de Lagarde (Gotinga, 1883); «Vocabulista in arábico», edic. c Schiaparelli (Florenzia, 1874); González Palencia «Los mozárabes de Toledo» III (Madrid, 1928), doc. n.º 987, pp. 330-332. Mi sabio y cordial amigo el Sr. Lévi-Provençal ha tenido la bondad de darme varias referencias procedentes de un formulario de actas notariales titulado «Al-Wata'iq wa-l-masa'il almaymu'a», de 'Abd Altaḥ al Fihri (ms. de la Esc. de Est. Arabes, n.º XI, f.º 75 ro. y V.º) y de otro formulario de al-Sinḥayī (ms. de la Esc. de Est. Arabes)

pilas, con el agua caliente de éstas o de los cubos de madera (*kub*, palabra de origen latino, aún usada en el norte de Africa), y después de secarse y cubrirse, incluso la cabeza, con ropas limpias, pasaba a reposar en la habitación intermedia, la de la cúpula, o en la primera, tendido sobre una estera, un paño o una colchoneta, con la cabeza descansando en una almohada. En los baños solía haber un barbero dispuesto a prestar sus servicios a los clientes, perfumistas—*tay-yasb*—y masajistas—*hakkak*—, a los que se obligaba a estar en ellos con calzones y zaragüelles.

No todos los bañistas pasaban a las habitaciones más interiores a tomar el baño de vapor. Algunos permanecían en la primera, y tras tomar las abluciones rituales, echábanse lentamente por el cuerpo cubos de agua a la temperatura preferida.

Había edificios de baño destinados exclusivamente para los hombres, y otros para las mujeres, pero lo más corriente era que el mismo local sirviera a distintas horas a los dos sexos—los hombres, generalmente, por la mañana, y las mujeres por la tarde—, o en días diferentes. La entrada era de pago, pero muy reducido su importe. Pertenecían casi siempre al soberano o a mezquitas y fundaciones piadosas.

En donde no había agua, sacábanla con noria de algún pozo o la llevaban por medio de acémilas.

Por la noche, iluminábanse los baños con cirios y blandones.

Además de su natural función higiénica, los baños sirvieron a veces en España musulmana como lugares a propósito para deshacerse de enemigos o satisfacer venganzas, presagiando el estilo de las más siniestras de la Italia del “renacimiento”. Al-Mu'tadid, el rey-zuelo de taifas de Sevilla, invitó a un festín a tres jefes bereberes, de cuyos dominios quería apoderarse; introducidos previamente en un baño, tabicó el ingreso y los tragaluces y mandó elevar la temperatura hasta asfixiar a sus huéspedes.

En el baño del alcázar real de Córdoba fué asesinado el año 408 = 1018 Ali Hammud por sus servidores esclavos, y pocos años después, en 414 = 1024, el califa Abd al-Rahman ibn Hisham ibn Abd al-Djabbar, más conocido por el título que adoptó de *al-Mus-*

*tazhir billath*, ocultóse, sin éxito, en la caldera del mismo lugar, intentando burlar a los sublevados contra él.

La costumbre del baño llegó al Islam español importada de Oriente por los conquistadores, no fué supervivencia de los hábitos termale de los romanos. En el siglo VII, San Isidoro prohibió terminantemente los baños, aunque fueran con el exclusivo objeto de la limpieza corporal (1).

Por influencia de la España musulmana, en la cristiana medieval aclimatóse profundamente la costumbre del baño, con las mismas características que en aquélla.

Y no sólo se encontraban baños en las ciudades de abolengo islámico: los había en *Canfranc*, en *Estella*, en *Sigüenza*, en *Burgos*, en *Ciudad Rodrigo*, en *Alba de Tormes*, en *Soria* y en *Plasencia*, ciudad esta última fundada por Alfonso VIII. Se bañaban desde el monarca hasta el último mezuquino u "hombre de afán", cristianos, moros y judíos, en diferentes días de la semana (2). En el palacio mandado construir a la moda islámica por Alfonso XI en *Tordesillas*, a orillas del *Duero*, entre 1340 y 1344, hay un baño muy completo, bien conservado.

Las monjas del monasterio *aragonés* de *Sijena* tenían reglamentado el uso del baño (3), y las bernardas de las Huelgas de Burgos

---

(1) "Los monjes españoles en la Edad Media", por Fray Justo Pérez de Urbel, II (Madrid, 1934), p. 103.

(2) Aníbal Ruiz Moreno, "Los baños públicos en los fueros municipales españoles" (Instituto de Historia de la Cultura Española Medieval y Moderna, "Cuadernos de Historia de España", III, Buenos Aires, 1945, pp. 152-157); L. T. B., "Los baños públicos en los fueros municipales españoles" (Al Andalus, XI, 1946, pp. 443-445).

(3) Varou, "Historia de Sixena", II, ap. p. II, XLVIII, y Delaville de Roulx, "Cartulaire général de l'Ordre des Hospitaliers de S. Jean de Jerusalem", I, n.º 859. (Debo estas referencias a la amistad de don José María Lacarra.)

y de San Clemente de Toledo eran dueñas de otros en esas ciudades, de los que obtenían pingües beneficios (1).

Fué en el siglo XVI, en la España de Carlos V y Felipe II cuando se perdió la costumbre de bañarse. Además de la enemiga del clero, que siempre la miró con prevención, contribuyó a extinguirla la creencia de que en esos lugares se contagiaba el mal de las bubas, muy extendido por entonces (2). Del santo obispo de Granada y confesor de la Reina Católica fray Hernando de Talavera, sabemos que se levaba los pies una vez al mes (3). En la residencia del monasterio de Yuste, a la que se retiró Carlos V, no había baño; en los inventarios de su ajuar, hechos con motivo de su muerte, figuran tan sólo "cuatro paños de Holanda, como sábanas, que servían para cuando Su Majestad se lavaba los pies", y "dos paños de tela que servían de limpiar los pies cuando se lavaba Su Majestad".

El hecho de la desaparición de la costumbre de bañarse en la época del "renacimiento" no es exclusivo de España; se produjo también en los restantes países del occidente europeo. Un elegante manual de urbanidad, publicado en Francia hace poco más de un siglo, aconsejaba a las muchachas de familias distinguidas que se bañasen, si el médico así se lo aconsejaba, pero con precaución y nunca más de una vez al mes.

---

(1) González Palencia, "Los mozárabes de Toledo", II, documento n.º 987, pp. 330-332; A. Rodríguez López, "El Real Monasterio de las Huelgas de Burgos y el Hospital del Rey", I (Burgos, 1907), Colec. dip. n.º 2, pp. 325-326.

(2) Lucio Marineo Sículo afirma haberse dejado de ir en fecha reciente a los cuatro baños que había en Toledo, por temor al contagio, pues a ellos acudían enfermos de bubas. (Lucio Marineo Sículo, "De las cosas ilustres y excelentes de España" (Alcalá de Henares, 1530), f.º v v.º).

(3) J. Domínguez Bordona, "Instrucción de fray Fernando de Talavera para el régimen interior de su palacio" (Madrid, 1930), página 33.

### *Alhóndigas* (1).

El *fundaq* era edificio destinado a alojamiento de los comerciantes forasteros y a almacenamiento y venta de sus mercancías.

Idrisi cuenta 970 alhóndigas existentes en Almería en la primera mitad del siglo XII, bajo el dominio almoravide. En Ceuta, en el siglo XV, sus habitantes afirmaban ser 360 el número de los *fanadiq*.

Se distinguían por el nombre del producto en ellas vendido, por el de su propietario o por alguna otra circunstancia. En las ciudades del Andalus había, como en Túnez a fines del siglo XIV, tan influido por la civilización hispánica, *fanadiq* de legumbres, del carbón, etc.

Su organización arquitectónica—pueden verse hoy en pleno funcionamiento en Marruecos—constaba de un patio rectangular, con galerías en torno, a las que abrían las puertas de las habitaciones repartidas tras ellas en cuatro naves. La planta baja destinábase a cuadras y almacenes; la alta, a habitaciones de los huéspedes y también a depósito de sus mercancías. Alhóndigas de excepcional importancia tenían aún otro piso con el mismo destino que el intermedio. Las galerías alrededor del patio permitían estar a cubierto a hombres, bestias y mercancías, facilitando el ingreso en las habitaciones.

En muchas alhóndigas las galerías eran de pies derechos y entramado de madera; excusado es decir que no se conserva ninguna de ese material. En otras, levantadas con más recursos y pretensiones, las apeaban pilares de ladrillo, que a su vez sostenían dinteles de madera. El centro del patio solía ocuparlo una fuente.

— Al frente del *fundaq* acostumbraba estar un encargado o arrendatario, el alhondiguero—*fundaqayr* en árabe—, para cuya fun-

---

(1) “Las alhóndigas hispanomusulmanas y el Corral del Carbón de Granada”, por Leopoldo Torres Balbás (*Al-Andalus*, XI, 1946, pp. 447-480). En este trabajo se encontrarán casi todas las referencias que han servido para la redacción de los párrafos siguientes.

ción se buscaba un anciano virtuoso y honorable, no una mujer o un joven.

Las alhóndigas del Occidente islámico—al-Andalus y Berbería—respondían a un tipo de edificio importado de Oriente, repetido con características muy semejantes desde Persia y Siria hasta España. Su ascendencia, a través de los *horrea* romanos, puede seguirse hasta las agoras griegas.

En las alhóndigas andaluzas, como en las de Fez, descritas por León el Africano en el siglo XVI, seguramente no había camas; el alhondiguero daba a los huéspedes una capa y algunas esteras sobre las que acostarse. Para comer, el forastero debía comprar las vituallas, guisadas por el encargado o por pobres mujeres viudas, sin familia ni ayuda, que, además, cuidaban de la limpieza del edificio. Esteras también para acostarse proporcionaban a los huéspedes en los *fanadiq* y *janés* orientales, en unión de candiles, cuerdas y cubos, éstos últimos destinados a sacar el agua de pozos y algibes.

En España tan sólo se ha conservado uno de estos edificios, el *fundaq al-yadida*—alhóndiga nueva—, en Granada, conocido por Corral del Carbón, construido en el primer cuarto del siglo XIV. Por su tamaño, monumentalidad y riqueza decorativa, singularmente de su portada, sería edificio excepcional entre los de igual destino.

Se compone de un gran patio casi cuadrado, con galerías sobre pilares y cuatro naves en torno, según la disposición descrita (figura 8). Tiene gran portada, de monumentalidad poco frecuente en los edificios islámicos occidentales (fig. 9). Procede ese ingreso del *iwan* oriental, de orígenes muy discutidos, existente ya en los palacios sasanidas. La transmisión a Occidente se haría por intermedio del Egipto, en donde el pórtico de entrada, abierto por un gran arco y abovedado con mocárabes, en cuyo fondo está la puerta adintelada de acceso al edificio, y una ventana gemela encima, es disposición arquitectónica muy difundida en los siglos XIII al XV.

En pocas instituciones y edificios a ellas destinadas puede seguirse la huella persistente de la tradición islámica tan perfectamente como en las alhóndigas. Vale la pena de que nos detengamos un poco recordándolo.

Las alhóndigas siguieron usándose para el mismo destino que bajo dominio islámico en las ciudades de la Península reconquistadas durante la Edad Media y en los siglos posteriores, destinadas, en éstos sobre todo, a la venta del trigo. Poco a poco fueron perdiendo su carácter de hospederías, conservando exclusivamente el de almacenes y lugares de venta de cereales.

Para albergue de las gentes había en despoblado, o en lugares pequeños, ventas y posadas, y mesones en villas y ciudades. Si esos almacenes de granos conservaron nombre derivado del arábigo, las características de hospedaje de los *fanadiq* pasaron íntegramente a paradores y posadas.

Como organización arquitectónica, repiten éstas la de las alhóndigas islámicas, con su patio central y galerías, en torno a las que dan las puertas de las habitaciones, dispuestas en las cuatro naves de fondo. Recuérdese, por ejemplo, la Posada de la Sangre, en Toledo, desaparecida desgraciadamente en fecha reciente, y la del Potro, en Córdoba, reliquia merecedora de conservarse con todo esmero.

La tradición musulmana es bien patente en el funcionamiento de las ventas y posadas españolas, a cuya "estrechez e incomodidades" aludió Cervantes, parangonándolas con la abundancia de las hosterías de Italia y Francia. La austera incomodidad de aquéllas, su escaso mobiliario, la convivencia de huéspedes y bestias de transporte y, sobre todo, su característica fundamental, señalada malhumoradamente por todos los extranjeros que visitaron España desde el siglo XV al XIX, y que consiste en no darse en ellas de comer, lo que obligaba al huésped a buscar por sí mismo los alimentos, es, sin duda, supervivencia del régimen de los *fanadiq* musulmanes.

Extrañaba a los extranjeros que en edificios destinados a hospedaje no hubiese mesa puesta. Navajero describe en 1526 la venta llamada "El Palacio", en *Despeñaperros*, a cinco leguas de Linares, mandada hacer por los Reyes Católicos para comodidad de los trajinantes y viajeros, con las siguientes palabras: "Hay en ella muchos y buenos aposentos y una gran sala, pero sin ajuar alguno, como sucede en las demás ventas de España, por lo que hay que

llevarlo todo consigo". El polaco Jacobo Sobieski, venido a España en 1611, repite casi las mismas palabras: "Las posadas, de dos a tres leguas de distancia unas de otras, que adornan este camino (el de Lisboa a Sevilla) y proporcionan el descanso al viajero, carecen de comodidades, como de costumbre suelen ofrecerlas los hospedajes; no tienen camas, ni colchones... y es preciso llevarlo todo consigo. El que quiera comer en ellas tiene que prepararse él mismo los alimentos."

Completa el cuadro, con su innegable talento literario, madame d'Aulnoy, que en 1679 recorría las jornadas de *Bayona* a Madrid. De su *sombrío aguafuerte* son los párrafos siguientes: "Al llegar a las posadas muy cansado, abrasado por el sol o aterido por las heladas (pues no hay término medio entre ambos extremos), no se encuentra en ellas ni olla a punto, ni platos limpios: penétrase por la cuadra, desde la que se sube al piso alto. La cuadra está casi siempre llena de mulos, de arrieros que duermen sobre las albardas de sus caballerías, utilizadas como mesa por el día; comen y fraternizan con ellas...; las camas carecen de cortinas; las colchas son de algodón, con flecos, y están medianamente limpias; las sábanas son del tamaño de toallas, y éstas del de pequeños pañuelos de bolsillo...; no se permite al posadero dar más que el alojamiento. Justificanlo diciendo que no es justo que uno sólo se beneficie con la llegada de viajeros; es preferible que el dinero se reparta entre varios."

En la segunda mitad del siglo XVIII aparecen en algunas ciudades españolas las primeras fondas, así entonces llamadas, en las que los viajeros encontraban todo lo necesario: alojamiento, cama, comida. Su nombre, hecho curioso, derivado, como el de alhóndiga, del árabe *funduq*, llegó a España desde Italia, sin duda por ser de este país los dueños de los primeros establecimientos de esa clase instalados. El inglés Swinburne, viajero por la Península en los años 1175 y 1776, señala hospedajes de italianos en el Puerto de Santa



María, Cádiz, Sevilla, Córdoba (el de esta ciudad lo llama "Fon-da"), Madrid y Aranjuez (1).

### Casas (2)

Excusado es decir la gran variedad de viviendas de la España islámica, de acuerdo con la posición económica de sus propietarios, emplazamiento, etc. En los ocho siglos de dominación musulmana en la Península, sus transformaciones fueron grandes.

Una de sus características más acusadas era el reducido tamaño, en el que influían la angostura de las calles y el amontonamiento de construcciones. Lucio Marineo Sículo alude a la gran espesura de edificios de Granada; Navajero escribió que los moros acostumbraban vivir estrechos y apiñados. "Las casas de los moros — decía Münzer de las granadinas en 1494—son casi todas pequeñas, con habitaciones reducidísimas... Una casa de cristianos ocupa más lugar que cuatro o cinco de moros, las cuales son tan intrincadas y laberínticas que parecen nidos de golondrinas." Antonio de Lalaing, señor de Montigny, pocos años después, lo mismo que otros muchos viajeros, señalaban las dimensiones inverosímiles de gran número de viviendas, lo que comprueban las plantas de algunas de las que se conservan; en la Alcazaba de la Alhambra hay cimientos

---

(1) "Travels though Spain, in the years 1775 and 1776", por Henry Swinburne (Londres, 1779), pp. XII, XIII y XIV.

(2) "Plantas de casas árabes en la Alhambra", por L. T. B. (Al-Andalus, II, 1934, pp. 380-387); "La acrópolis musulmana de Ronda", por Leopoldo Torres Balbás (Al-Andalus, IX, 1944, pp. 469-475); "Restos de una casa árabe en Almería", por R. (Al-Andalus, X, 1945, pp. 170-177); "El barrio de casas de la alcazaba malagueña", por Leopoldo Torres Balbás (Al-Andalus, X, 1945, pp. 396-409); "Excavaciones en Madinat al-Zahra", por Leopoldo Torres Balbás (Al-Andalus, XI, 1946, pp. 439-442); "Los restos de la casa árabe de la placeta de Villamena, en Granada", por Jesús Bermúdez Pedraza (Al-Andalus, XII, 1947, páginas 161-164); "Las casas del Portal de la Alhambra de Granada", por L. T. B. (Al-Andalus, XIV, 1949, pp. 186-197).

de nueve, ninguna de las cuales ocupa más de 50 metros superficiales. Otra observación repetida es la del pobre y mal aspecto exterior de casi todas, en contraste con el esmero interno, revelador de desprecio por la ostentación de los signos exteriores de riqueza inmobiliaria, y afición, en cambio, a la vida íntima confortable. Aun los palacios de más importancia, como la Alhambra, no presentaban al exterior más que muros desnudos. Según Münzer, las casas de Granada estaban sucias por fuera, pero muy limpias en su interior. "Las fachadas de las casas de Málaga—escribió Llitrá recién conquistada la ciudad—son... muy tristes y de muy mal aspecto, pero no así su interior. Las hay muy bellas, no muy grandes, pero sí bien pintadas y en extremo deliciosas."

Los occidentales, al edificar una casa, suelen pensar primordialmente en una bella fachada que cause la admiración, y a veces la envidia, de las gentes; el musulmán la construye por sí, para gozar personalmente de ella y encerrarse y vivir aislado en su interior. "Las casas—escribía Ibn Abdiuz en Sevilla, hacia 1100—son los abrigos en que se refugian las almas, los espíritus y los cuerpos, por lo cual deben ser protegidas y vigiladas, ya que en ellas se depositan los bienes y se custodian las vidas" (1).

Tan sólo interrumpían los desnudos muros exteriores las puertas de ingreso, pequeñas y sin adorno alguno, y escasísimas y muy reducidas ventanas con *celosías* de madera. En el piso alto de las viviendas de alguna importancia, volaban sobre la calle uno o varios *ajimeces* (2). Textos y documentos de fines del siglo XV y del XVI—la palabra aparece en la literatura castellana en el XIV—acreditan que eran balcones salientes de madera, cerrados por celosías, desde los que las mujeres podían contemplar la calle sin ser vistas.

---

(1) E. Lévi-Provençal y Emilio García Gómez, "Sevilla a comienzos del siglo XII", El Tratado de Ibn Abdún (Madrid, 1948), p. 112.

(2) "Ajimeces", por L. T. B. (Al-Andalus, XII, 1. 47, páginas 415-427). En este artículo figuran casi todas las referencias que se invocan a continuación.

El castellano "ajimez" deriva del árabe *al-simasa*, "la ventana" y ésta, a su vez, de *al-sams*, "el sol".

Los volados ajimeces hacían aún más estrechas y lóbregas las angostísimas calles. En los finales del siglo XV y en el XVI se sintió la necesidad de reformarlas, suprimiendo arquillos, pasadizos y ajimeces que dificultaban el tránsito.

Muchos eran los que estrechaban las calles de Málaga en los últimos años del siglo XV y en los primeros del XVI. En Granada, en 1498, para la ida de los Reyes Católicos, se allanaron y ensancharon calles, entre ellas la de *Elvira*, y quitáronse ajimeces. En 1532 se pregonó en la plaza de Bibarrambla una orden para que ninguna persona osase adobar ni reparar ningún ajimez ni cobertizo sin licencia de la ciudad. Seis años después, los regidores prohibieron que persona alguna sacase ajimez, ni portal, ni pasadizo, ni otra cosa semejante fuera de la haz de su propia pared en las calles y plazas de la misma ciudad. En vida de la Reina Católica, prohibiéronse también los ajimeces que estrechaban las calles de Cádiz y Murcia.

Hasta los comienzos del siglo XVI conservó Sevilla su estructura urbana medieval. El ilustre caballero sevillano Pedro Mexía, en sus *Coloquios* o *Diálogos*, editados en 1548, escribía que en su ciudad natal "casi en nuestros tiempos se quitaron los ajimeces o salidizos, porque hacían las calles sombrías y húmedas", y que desde diez años antes todos labraban "ya a la calle", habiéndose hecho "más ventanas y rejas en ella que en los treinta de antes". Durante el siglo XVI no dejaron de derribarse en Sevilla ajimeces y salidizos.

Abundantes eran los de Toledo en el mismo siglo, a pesar de su ya remoto paso a manos cristianas. Una disposición de la reina doña Juana prohibió su construcción; dicese en ella existir muchos que hacían a las calles tristes y sombrías, de manera que no podía entrar en ellas ni claridad ni sol, y de continuo estaban muy húmedas, lodosas y sucias. El derribo de bastantes salidizos toledanos en 1550 por el corregidor don Pedro de Córdoba dió motivo al enfadado y popular poeta de esa ciudad Sebastián de Horozco, digno sucesor de *Ibn Quzman* y del *Arcipreste*, para escribir unas coplas satíricas.

La vida familiar castellana hacía innecesario el ajimez y ya vimos cómo se fueron derribando a partir del reinado de los Monarcas Católicos. Pero el ambiente social quedaba impregnado de esencias hispanoislámicas. La mayoría de las burguesas, singularmente en tierras andaluzas, siguieron haciendo vida claustral durante siglos. El hueco a la calle, la mirada sobre lo que por ésta pasaba, era su gran distracción, su escapada hacia un mundo distinto del de las monótonas faenas del hogar. Mas siempre entre la mujer—en la ventana, en el balcón o en el mirador—y la calle se interponía una pantalla en forma de celosía, persiana, *postigo* o frondosas mace-tas. a Madame D'Aulnoy le pareció Madrid en 1679 una enorme jaula para engordar pollos, pues desde el suelo de la calle hasta el cuarto piso de las viviendas no se veían por todas partes más que celosías o persianas perforadas por aberturas muy reducidas, detrás de las cuales estaban siempre las mujeres acechando a los que pasaban. Hasta hace pocos años, los huecos exteriores de su vivienda tenían tanta importancia en la vida de la mujer de la España meridional como seguramente tuvo el ajimez en la de la musulmana andaluza. Tras la época del ajimez cerrado y misterioso vino la del balcón con celosía y la del mirador. La española de hoy parece haber salido definitivamente del gineceo; y balcones y miradores es posible que dentro de unos años sean tan extraños a la vida entonces como los son los ajimeces a la nuestra. Para evocar aquéllos habrá que ir entonces a un barrio pobre y excéntrico de las grandes ciudades, o a una provincia en decadencia.

Gracias a don Manuel Gómez Moreno he podido dar a conocer el dibujo de un ajimez hecho por su padre en 1877 en la ciudad de Alhama (fig. 10). Desaparecido éste y otro que alcanzó a ver ese ilustre maestro hace bastantes años en el Albaicín granadino, no creo subsista ningún ejemplar más. Pero a falta de ajimeces islámicos, aun pueden verse en varias de nuestras villas del sur y de Levante sus réplicas en edificios levantados hasta bien entrado el siglo XVIII. En ellas, la estructura de madera, como en ese balcón de una casa de Lucena, cuya reproducción acompaña estas páginas, se sustituyó por una jaula muy volada de hierro, pero ésta cuajóse con celosía de madera de tradición islámica (fig. 11).

Pero donde se ha mantenido hasta hoy más pura y vivaz la tradición de los morunos ajimeces es en muchos de los conventos de monjas de las antiguas órdenes religiosas de clausura, maravillosos islotes de vida inerte y remansada, casi invariable a través de los siglos.

Más estrechamente enclaustradas aún que las mujeres islámicas, las monjas encerradas en ellos son las últimas representantes, en ese aspecto, de un mundo desaparecido hace siglos. Invisibles tras los ajimeces, aún siguen dirigiendo miradas curiosas desde su aislado islote sobre una vida urbana en continua y rápida mutación. Hay ajimeces, algunos reconstruídos recientemente, entre otros muchos conventos, en los toledanos de Santa Isabel la Real, de la Madre de Dios, de Agustinas Calzadas y de San Antonio; en el de Mínimas, de Ecija, etc.

La tradición arquitectónica de los ajimeces es oriental. Tal vez llegaron a Andalucía en el siglo XIV—creo que en Marruecos no existen—desde El Cairo, como adaptación de las *masrabiyyas*, más conocidas en Occidente por el nombre que las dan los franceses de *moucharabiehs*, magníficas obras algunas de carpintería que animan las fachadas de antiguas viviendas de la capital egipcia. Propagáronse, con variaciones regionales, por Andalucía, Aragón, Levante y el sur de Portugal, alcanzando hasta Toledo.

Es hora de que penetremos en la casa por una puerta pequeña, cerrada, como dice Münzer estaban las de Granada, por dos hojas de madera y cerradura del mismo material. Procurábase siempre que no hubiera puertas de viviendas fronteras en ambos lados de la calle, para evitar indiscretos curioseos.

En las casas de gentes acomodadas la puerta daba paso a un zaguán, y en las más modestas a un angosto pasillo acodado. Ingresábase en las primeras por una puerta descentrada respecto a la de la calle, para que desde ésta, abiertas ambas, no se pudiera registrar el interior de la vivienda.

Tan sólo las casas situadas fuera de las ciudades, aisladas, carecían de patio, principal lugar de expansión de sus moradores, escenario de las actividades femeninas y de los juegos de los niños, en el que transcurría gran parte de la vida familiar.

Casi todas las casas tenían planta alta—gurfá—, a la que se subía por estrecha y empinada escalera de altísimos peldaños, cuya incómoda tradición subsiste aún en muchas viviendas andaluzas. En esa planta, de muy escasa altura de techo, estaban las habitaciones más especialmente reservadas a la vida íntima y a las mujeres; recibían luz y ventilación por ventanas abiertas al patio. En éste se podía estar al aire libre sin temor a las miradas indiscretas de los vecinos. Aun en los más reducidos, de casas pequísimas, solía haber en su centro una alberquilla, incluso en lugares escasos de agua. La contenida en ella refrescaba el ambiente, alegraba la vista y era, al mismo tiempo, cómodo depósito de la necesaria para usos domésticos. Cuando el patio era grande, aumentaban las dimensiones de la alberca. Alguna vegetación, a veces un solo árbol, animaba el patio. Las casas de Málaga tenían todos árboles y pozo, pues esa ciudad carecía de conducciones de agua corriente.

En la época almorávide parece haberse iniciado en el Andalus la construcción de patios con un pórtico de tres arcos, mayor el del centro, en el frente de mediodía o saliente, ingreso que precedía a la sala principal de la casa. Ejemplos hay de esa disposición en las arquitecturas helenística y romana, pero a nuestra Península llegó desde el oriente mediterráneo; muchas de las casas de los siglos XI y XII excavadas en Fostat presentan esa misma disposición. Al desarrollarse en España, dió origen al patio rectangular andaluz, en cuyos frentes menores se abren sendos pórticos, mientras cierran los mayores naves de habitaciones.

Algunos otros edificios de la Granada nazarí, como una madraza — escuela o universidad — y un *maristan* — hospital de locos (1) —, desaparecidos ambos, parecen importados en el último período de la dominación islámica en la Península; su disposición arquitectónica, como la de las alhóndigas, era exótica, pero andaluza toda su envoltura.

---

(1) "El maristan de Granada", por Leopoldo Torres Balbás (Al-Andalus, IX, 1944, pp. 481-498).